

Y tomando á la joven por la cabeza, le besó los cabellos y salió por la puerta del jardín, yéndose á casa de Camilo donde permaneció hasta media noche.

Al entrar á la una en su casa, encontró á su madre esperándole, y estrechándole la mano, le dijo:

—¿Se ha marchado Carlota?

—Se marcha mañana con su tía; las dos van desesperadas. Vámonos á Irlanda, Calixto mío—le dijo la madre.

—¡Cuántas veces he pensado en huir allí!

—¡Ah!—exclamó la baronesa.

—¡Con Beatriz!—añadió el joven.

Algunos días después de la marcha de Carlota, Calixto acompañaba al caballero de Halga durante su paseo por el mallo, y se sentaba al sol en un banco, desde el cual podían abrazar sus ojos todo el paisaje comprendido entre los bretos de Touches y los arrecifes, que se veían gracias á la blanca espuma de que los rodeaba el mar. En este momento, Calixto estaba delgado y pálido; sus fuerzas disminuían y empezaba á sentir algunos escalofríos regulares, precursores de la fiebre. Sus ojos, rodeados de grandes ojeras, tenían ese brillo que comunica á los solitarios un pensamiento fijo, ó el ardor del combate á los atrevidos guerreros de la actualidad. El caballero era la única persona con quien Calixto cambiaba algunas palabras, porque había reconocido en aquel anciano á uno de los apóstoles de su religión y había visto en él los vestigios de un amor eterno.

—¿Ha amado usted á muchas mujeres en su vida?—preguntó Calixto al caballero la segunda vez que paseaban por el mallo.

—A una sola—respondió el capitán Halga.

—¿Era libre?

—No—dijo el caballero.—¡Ah! ¡cuánto he sufrido! Era la mujer de mi mejor amigo, de mi protector, de mi jefe: pero ¡nos amábamos tanto!

—¿Le amaba ella á usted?—le preguntó Calixto.

—Con locura—respondió el caballero con no acostumbrada vivacidad.

—¿Fué usted feliz?

—Sí, hasta su muerte, que ocurrió cuando tenía ella cuarenta y nueve años, estando emigrada en San Petersburgo, cuyo clima la mató. ¡Qué frío debe tener en la tumba! Muchas veces se me ha ocurrido ir á buscarla para trasla-

darla á mi lado, á nuestra querida Bretaña. Pero, no importa; siempre la tengo en mi corazón.

Esto diciendo, el caballero se enjugó los ojos y Calixto le tomó las manos para estrechárselas.

—Aprecio más esa perra que mi propia vida—continuó, señalando á Tisbé.—Esa perrita es en un todo semejante á la que ella acariciaba con sus hermosas manos teniéndola en la falda. Nunca miro á Tisbé sin ver las manos de la señora almiranta.

—¿Conoce usted á la señora de Rochefide?—preguntó Calixto al caballero.

—No—respondió éste.—Hace ahora cincuenta y ocho años que no miro á ninguna mujer, excepto á su madre de usted, cuya tez tiene alguna semejanza con la de la señora almiranta.

Tres días después de esta conversación, el caballero dijo en el mallo á Calixto:

—Hijo mío, tengo ciento cuarenta luises por toda riqueza. Cuando sepa usted dónde está la señora de Rochefide, venga á buscar este dinero á mi casa para ir á verla.

Calixto dió las gracias al anciano, cuya existencia le causaba envidia; pero cada día se fué poniendo más taciturno: parecía que todo el mundo le molestase, y sólo con su madre se mostraba cariñoso y bueno. La baronesa veía con creciente inquietud los progresos de aquella locura, y ella sola obtenía á fuerza de ruegos que Calixto tomase algún alimento. A principios del mes de octubre, el joven enfermo cesó de ir al mallo en compañía del caballero, el cual se molestaba en vano en ir á buscarle.

—Venga usted—le decía;—hablaremos de la señora de Rochefide. Yo le contaré mi primera aventura.

Cuando el caballero de Halga vió un día que sus instancias eran inútiles, le dijo á la baronesa:

—Su hijo está muy enfermo.

Calixto respondía á todas las preguntas que se encontraba perfectamente, y, como todos los jóvenes melancólicos, se complacía en saborear la muerte; pero no salía ya de casa; permanecía en el jardín; se calentaba al sol del otoño, sentado en un banco, solo con sus pensamientos, y huía de toda compañía.

Desde el día en que Calixto dejó de ir á casa de Felicidad, ésta rogó al cura de Gueranda que fuese á verle. La asidui-

dad del abate Grimont, que pasaba en Touches casi todas las mañanas y que muchas veces comía allí, fué un gran acontecimiento, del cual se habló en todo el país y hasta en Nantes. Sin embargo, el sacerdote no faltó ni una sola noche al palacio de Guenic, donde reinaba la desolación. Amos y criados, sin creer en el peligro y sin ocurrírseles que aquel joven pudiese morir de amor, estaban muy afligidos al ver la obstinación de Calixto. El caballero no había oído en sus viajes ni tenía recuerdo de una muerte semejante. Todos atribuían la flaqueza de Calixto á falta de alimento. Su madre se puso de rodillas para suplicarle que comiese, y entonces Calixto se esforzó para vencer aquella repugnancia y agradar á su madre; pero aquel alimento tomado sin gana aumentó la fiebre lenta que devoraba á aquel hermoso joven.

Durante los últimos días del mes de octubre, el niño querido no subió ya á acostarse al segundo piso, sino que tenía su cama en la sala baja y permanecía allí la mayor parte del día en medio de su familia, que no tuvo ya más remedio al fin que llamar al médico de Gueranda. El doctor procuró cortar la fiebre con la quinina, y la fiebre cedió algunos días. El médico había ordenado á Calixto que hiciese ejercicio y que se distrajese. El barón sacó fuerzas de flaqueza, salió de su apatía y se convirtió en un joven cuando su hijo se hacía viejo, saliendo de casa con Calixto, con Gasselin y con sus dos perros. Calixto obedeció á su padre, y durante tres días, los tres hombres cazaron, fueron al bosque y visitaron á los amigos de los palacios vecinos; pero Calixto no recordaba la alegría: nadie podía arrancarle una sonrisa y su cara lívida demostraba que no mejoraba nada. El barón, vencido por el cansancio, fué presa de horrible debilidad y se vió obligado á volver á su casa llevando á Calixto en el mismo estado. Algunos días después de esta vuelta, el padre y el hijo estuvieron tan gravemente enfermos, que, por consejo del mismo médico de Gueranda, fueron llamados los doctores más famosos de Nantes. Al ver el visible cambio de Calixto, el barón había sido herido como por un rayo. Dotado de esa espantosa lucidez que la naturaleza da á los moribundos, el anciano temblaba como un niño al ver que su raza se extinguía: no decía palabra y juntaba las manos y rogaba á Dios en su sofá, donde lo tenía clavado la debilidad. Se había puesto frente al lecho de Calixto y le miraba sin cesar, y al menor movimiento que hacía su hijo, experi-

mentaba una viva emoción, cual si la llama de su vida se hubiese agitado.

La baronesa no dejaba tampoco un momento aquella sala donde la anciana Ceferina hacía media en un rincón de la chimenea, presa de horrible inquietud: le pedían leña porque el padre y el hijo sentían frío, y como á cada paso necesitaban los criados algo, y ella no estaba ya ágil para seguir á Marieta, se había visto precisada á entregar las llaves; pero lo quería saber todo, é interrogaba á cada paso en voz baja á su cuñada y á Marieta, y las llamaba aparte á fin de conocer el estado de su hermano y de su sobrino. Una noche, como la anciana señorita de Pen-Hoël le hubiese dicho que, sin duda, era preciso resignarse á ver morir al barón, cuyo rostro se había puesto blanco como la cera, Ceferina dejó caer la media, echó mano al bolsillo y, sacando de él un rosario de madera negro, se puso á rezar con un fervor que comunicó tan vigoroso esplendor á su arrugada cara, que la otra anciana no pudo menos de imitar á su amiga, y después, á una indicación del cura, todos se unieron á la oración mental de la señorita de Guenic.

—Yo he sido la primera en rogarle á Dios, y, sin embargo, Éste no me ha escuchado—dijo la baronesa, acordándose de la fatal carta escrita por Calixto.

—Acaso haríamos bien en hacer que la señorita de Touches viniese á ver á Calixto—dijo el cura Grimont.

—¡Ella!—exclamó la anciana Ceferina—¡la autora de todos nuestros males, la que lo ha divorciado de su familia, la que nos lo ha robado, la que le ha hecho leer libros impíos, la que le ha enseñado el lenguaje herético! ¡maldita sea, y ojalá que Dios no la perdone nunca! ¡Ella ha aniquilado á los Guenic!

—Y ella acaso les dé nueva vida—dijo el cura con cariñosa voz.—Es una mujer santa y virtuosa; yo salgo fiador de ella. Sólo la animan buenas intenciones respecto á Calixto, y ojalá que pueda realizarlas.

—Dígame usted el día en que ella ha de poner los pies aquí, para que yo me marche—exclamó la anciana.—¡Ella ha matado al padre y al hijo! ¿Creen ustedes que no oigo la débil voz de Calixto, que apenas tiene fuerzas para hablar?

En este momento entraron los tres médicos, los cuales marearon á Calixto á preguntas; pero respecto al padre, el examen duró poco, adquiriendo la convicción de que mori-

ría en breve y asombrándose de que estuviera aún vivo. El médico de Gueranda anunció tranquilamente á la baronesa que era preciso que Calixto se fuese inmediatamente á París á consultar á los hombres más expertos de la ciencia, pues el hacerles venir costaría más de cien luises.

—La gente se muere de algo, y el amor no es nada—dijo la señorita de Pen-Hoël.

—¡Ay de mí! Sea cual fuere la causa, es lo cierto que mi Calixto se muere, y veo en él todos los síntomas de la concusión, que es la enfermedad más horrible de mi país—exclamó la baronesa desolada.

—¡Cómo! ¿se muere Calixto?—dijo el barón abriendo los ojos, de donde salieron dos gruesas lágrimas que descendieron lentamente detenidas por las numerosas arrugas de su cara y que se detuvieron en sus mejillas; las dos únicas lágrimas que, sin duda, había derramado en toda su vida.

El viejo se irguió sobre sus piernas, dió algunos pasos hacia el lecho de su hijo y lo contempló un instante.

—¿Qué quiere usted, padre mío?—le dijo Calixto.

—¡Que vivas!—exclamó el barón.

—Yo no podré vivir sin Beatriz—respondió Calixto al anciano, que se dejó caer en un sofá.

—¿Dónde encontrar cien luises para llamar á los médicos de París? Aun sería tiempo—dijo la baronesa.

—¡Cien luises!—exclamó Ceferina.—¿Se salvará con ellos?

Y sin esperar respuesta de su cuñada, la solterona se pasó las manos por las aberturas de sus bolsillos y se desató el refajo, que hizo un gran ruido al caer. La anciana conocía tan bien los lugares en que había cosido los luises, que los descosía con una rapidez mágica. Las piezas de oro caían una á una sobre su falda, produciendo un sonido metálico. La anciana Pen-Hoël la veía obrar manifestando un asombro estúpido.

—¡Que la está á usted viendo todo el mundo!—le dijo á su amiga al oído.

—¡Treinta y siete!—respondió Ceferina continuando su cuenta.

—¡Que todo el mundo va á saber lo que tiene usted!

—¡Cuarenta y dos!...

—¡Dos dobles luises completamente nuevos! ¿Cómo los ha buscado usted, no viendo gota?

—Los tentaba. Aquí hay ciento cuatro luises—exclamó Ceferina;—¿habrá bastante?

—¿Qué le ocurre á usted?—preguntó el caballero de Halga, que se presentó en aquel momento y no podía explicarse la actitud de su amiga, teniendo la falda llena de luises.

En dos palabras, la señorita de Pen-Hoël explicó al caballero lo que había ocurrido.

—Lo he sabido—dijo éste,—y venía á traerles ciento cuarenta luises que tenía á disposición de Calixto, como él mismo sabe.

Y esto diciendo, el caballero sacó del bolsillo dos paquetes y los mostró. Marieta, al ver aquellas riquezas, dijo á Gasselín que cerrase la puerta.

—¡Oh! no le devolverá la salud el dinero—dijo la baronesa llorando.

—Pero le servirá acaso para ir á ver á su marquesa—respondió el caballero.—Vamos, Calixto.

Calixto se irguió sobre su asiento y gritó alegremente:

—¡En marcha!

—Vamos, ya veo que vivirá: ya puedo morir—dijo el barón con dolorosa voz.—Id á buscar al cura.

Estas palabras llenaron de consternación á todo el mundo, y Calixto, al ver palidecer á su padre, no pudo contener las lágrimas. El cura, que conocía la opinión de los médicos, había ido á buscar á la señorita de Touches, por la cual sentía en este momento tanta admiración como repugnancia le había inspirado antes, y á la cual defendía como debe defender el pastor á una de sus ovejas preferidas.

Al saber la noticia de la gravedad del barón, se reunió una multitud en la callejuela: los aldeanos, los salineros y las gentes de Gueranda se arrodillaron en el patio, mientras que el abate Grimont administraba los últimos sacramentos al anciano guerrero bretón. La villa entera estaba consternada al saber que el padre moría al lado de su hijo enfermo, y se consideraba como una calamidad pública la extinción de aquella antigua raza bretona. Aquella ceremonia conmovió mucho á Calixto, cuyo dolor hizo enmudecer por un momento á su amor. Durante la agonía del heroico defensor de la monarquía, el joven permaneció arrodillado, mirando los progresos de la muerte

y llorando. El anciano expiró en un sofá, en presencia de toda la familia reunida.

—Muero fiel al rey y á la religión—dijo.—¡Dios mío! ¡como premio á mis esfuerzos, haced que Calixto viva!

—Viviré, padre mío, y le obedeceré—respondió el joven.

—Si quieres hacerme la muerte tan grata como Fanny me ha hecho la vida, júrame que te casarás.

—Se lo prometo, padre mío.

Espectáculo verdaderamente conmovedor fué el que ofreció al día siguiente Calixto, ó, mejor dicho, su apariencia, apoyado en el anciano caballero de Halga, cual un espectro que conduce á una sombra, siguiendo el ataúd del barón y presidiendo el duelo. La iglesia y la plazoleta que hay enfrente del pórtico estuvieron llenas de gente que llegaba de diez leguas á la redonda.

La baronesa y Ceferina quedaron sumidas en profundo dolor al ver que, á pesar de los esfuerzos que hacía para obedecer á su padre, Calixto era presa de un estupor de funesto augurio. El día en que la familia tuvo ya hecha la ropa de luto, la baronesa acompañó á su hijo al banco que hay en el fondo del jardín, y le interrogó largo tiempo. Calixto respondía con cariño y sumisión, pero sus respuestas eran desesperantes.

—Madre mía—le decía,—ya no hay vida para mí. Lo que como no me alimenta; el aire que penetra en mi pecho no refresca mi sangre; el sol me parece frío, y cuando, para los demás, ilumina la fachada de nuestra casa, como en este momento, allí donde vosotros veis las esculturas inundadas de luz, yo veo formas indistintas, rodeadas de una especie de niebla. Si Beatriz estuviese aquí, todo se volvería brillante. No hay más que una cosa en el mundo que tenga su color y su forma, y es esta flor y estas hojas—dijo sacándose del pecho el marchito ramillete que le había dejado la marquesa.

La baronesa no se atrevió á interrogar más á su hijo, cuyas respuestas acusaban más locura que su silencio dolor. En este momento, Calixto se estremeció al ver que la señorita de Touches aparecía en uno de los balcones de su casa: Felicidad le recordaba á Beatriz, de modo que, en medio de su duelo, el único momento de alegría que tuvieron aquellas dos desoladas mujeres se lo debieron á Camilo.

—Vaya, Calixto—dijo la señorita de Touches al verle,—el coche nos espera; vamos á buscar juntos á Beatriz, venga usted.

La consumida y pálida cara de aquel joven vestido de luto se vió animada, al oír estas palabras, por una franca sonrisa.

—Lo salvaremos—dijo la señorita de Touches á la madre, que le estrechó la mano llorando de alegría.

La señorita de Touches, la baronesa de Guenic y Calixto partieron para París ocho días después de la muerte del barón, dejando el cuidado de la casa á la anciana Ceferina.

La ternura de Felicidad por Calixto había preparado para este pobre joven un hermoso porvenir. Emparentada con la familia de Grandlieu, cuya rama ducal acababa con cinco hijas, Camilo había escrito á la duquesa de Grandlieu la historia de Calixto, anunciándole que vendía su casa de la calle de Mont-Blanc, por la cual le ofrecían algunos negociantes dos millones quinientos mil francos. Su administrador acababa de reemplazar este palacio por una de las casas más hermosas de la calle de Borbón, comprada en setecientos mil francos. Del resto del importe de su casa de la calle de Mont-Blanc, destinaba un millón al rescate de las tierras de la casa de Guenic, y disponía de toda su fortuna en favor de las cinco señoritas de Grandlieu. Felicidad conocía los proyectos del duque y la duquesa, que destinaban á casar su última hija con el vizconde de Grandlieu, heredero de sus títulos; sabía, además, que Clotilde, la segunda, quería permanecer soltera, aunque sin hacerse monja, como la mayor, y, por lo tanto, les quedaba por casar únicamente la penúltima, la bonita Sabina, que contaba á la sazón veinte años y á la cual quería encargar de curar á Calixto de su pasión por la señora de Rochefide.

Por el viaje, Felicidad comunicó á la baronesa sus proyectos. En aquellos momentos estaban amueblando el palacio de la calle de Borbón, que era el que ella destinaba á Calixto, en el caso de que sus proyectos no resultasen fallidos. Los tres se fueron al palacio de Grandlieu, donde la baronesa fué recibida con toda la distinción que le correspondía por su nombre de casada y de soltera. Como es natural, la señorita de Touches aconsejó á Calixto que viesse París, mientras que ella procuraba saber dónde se encon-

traba á la sazón Beatriz. La duquesa, sus hijas y sus amigos hicieron á Calixto los honores de París en el momento en que comenzaba el período de las fiestas. El movimiento de París causó violentas sensaciones al joven bretón, el cual encontró cierta semejanza con la marquesa de Rochefide á Sabina de Grandlieu, que era á la sazón una de las jóvenes más hermosas y más encantadoras de la sociedad parisiense, y á cuyas coqueterías prestó una atención que ninguna otra mujer hubiera podido obtener. Sabina de Grandlieu desempeñó tanto mejor su papel, cuanto que Calixto le gustaba. Las cosas marcharon tan bien, que, durante el invierno de 1837, el joven barón de Guenic, que había recobrado sus colores y el vigor de la juventud, dejó sin repugnancia á su madre hablar de la promesa que había hecho á su padre moribundo, y de su casamiento con la señorita Sabina de Grandlieu. Pero, aunque no se negaba á cumplir su promesa, ocultaba una secreta indiferencia que no pasaba desapercibida para la baronesa, y que ésta esperaba ver disipada con los placeres de la luna de miel.

El día en que la familia de Grandlieu y la baronesa, acompañada en esta ceremonia de sus parientes llegados de Inglaterra, se reunían en el gran salón del palacio Grandlieu, y cuando Leopoldo Hannequin, notario de la familia, hacía una explicación del contrato antes de leerlo, Calixto, en cuya frente se veían aún las huellas de la tristeza, se negó rotundamente á aceptar los donativos que le hacía la señorita de Touches, á la cual creía aún buscando á Beatriz. En este momento, y en medio de la estupefacción de las dos familias, Sabina, aunque morena, entró vestida de un modo que pudiese recordarle á Calixto la marquesa de Rochefide, y entregó la siguiente carta á Calixto:

CAMILO Á CALIXTO

«Calixto: Antes de entrar en mi celda de postulante, me creo obligada á dirigir una mirada al mundo que voy á dejar para lanzarme al mundo de la oración. Esta mirada va dirigida únicamente á usted, que en esta última época de mi vida ha sido para mí el mundo entero. Si mis cálculos no han fallado, mi voz vibrará en una ceremonia á la que me era imposible asistir. El día en que esté usted

ante el altar dando su mano á una encantadora joven que podrá amarle á la faz del cielo y de la tierra, yo estaré en un convento de Nantes, ante un altar también, pero desposada para siempre con el que no engaña ni es infiel á nadie. Esta carta, que le entristecerá á usted, tiene por objeto rogarle que no deje de aceptar por delicadeza la donación que me propuse hacerle desde el momento en que le vi. No me niegue usted este derecho que tan caro me cuesta. Si el amor es un sufrimiento, yo le he amado á usted mucho, Calixto, pero no tenga usted remordimientos: los únicos placeres que he gustado en mi vida se los debo á usted, mientras que los dolores provienen de mí misma. Recompénsese usted, pues, de todos mis dolores pasados, dándome una alegría eterna. Permita usted al pobre Camilo, que no existe ya, que contribuya de algún modo á la dicha material de que gozará usted toda su vida. Déjeme usted, querido mío, que sea algo así como un perfume en medio de las flores de su vida, y que pueda mezclarme para siempre con ellas sin importunarle. A usted deberé, sin duda, la dicha de mi vida eterna, y ¿no ha de permitirme usted que la empiece mediante la donación de algunos bienes frágiles y pasajeros? ¿No tendrá usted esa generosidad? ¿No ve usted en esto la última mentira de un amor desdeñado? Calixto, el mundo no era para mí nada sin usted; usted me ha sepultado en la más horrible de las soledades, y usted condujo al incrédulo Camilo Maupín, el autor de libros y piezas que yo voy á desaprobar solemnemente, á la joven audaz y perversa, á la presencia de Dios, atada de pies y manos. Hoy soy lo que hubiera debido ser siempre: una joven llena de inocencia. Sí, me he purificado con los llantos del arrepentimiento, y puedo llegar ante el altar presentada por un ángel, por mi muy amado Calixto. ¡Con qué satisfacción le doy este nombre que mi resolución ha santificado! Le amo á usted sin ningún interés propio, como una madre ama á su hijo, como la Iglesia ama á uno de sus miembros, y podré rogar por usted y por los suyos, sin mezclar con mi oración más deseo que el de su propia dicha. ¡Si conociese la tranquilidad sublime de que gozo después de haberme elevado con el pensamiento por encima de las pequeñeces mundanas, y cuán agradable me es el pensamiento de haber cumplido con mi deber, entraría usted con paso firme, y sin mirar atrás, en su hermosa vida! Le

escribo á usted, sobre todo para rogarle que sea fiel á sí mismo y á los suyos. Querido mío, la sociedad en que va usted á vivir no podría existir sin la religión de un deber, y usted la desconocería, como la desconocía yo, dejándose llevar por la pasión y la fantasía, como me dejó yo llevar. La mujer no es igual al hombre si no hace una continua ofrenda de su vida, mientras que el hombre no sería hombre si no hiciese de la suya una continua acción. Ahora bien, mi vida no fué más que un continuado éxito de egoísmo, y, sin duda, Dios le colocó á usted, al declinar ya mi vida, á la puerta de mi casa como mensajero encargado de mi castigo y de mi perdón. Escuche usted la confesión de una mujer para quien la gloria fué un faro cuyo resplandor le mostró el camino de la verdad. ¡Sea usted grande, é inmole sus caprichos á sus deberes de jefe, de esposo y de padre! Levante usted el abatido pendón de los antiguos Guenic y muéstrese en este siglo, sin religión ni principios, el hidalgo en toda su gloria y esplendor. Hijo querido de mi alma, permítame usted que por un momento haga el papel de madre, toda vez que la adorable Fanny no sentirá celos de una hija muerta para el mundo y cuyas manos verá usted en lo sucesivo levantadas siempre al cielo. Hoy, la nobleza necesita más que nunca la fortuna: acepte usted, pues, Calixto, una parte de la mía, y haga buen uso de ella. Esto que le hago á usted no es una donación; es un fideicomiso. Al ofrecerle las ganancias que el tiempo me procuró con mis propiedades de París, he pensado, más que en usted, en sus hijos y en su antigua casa bretona.»

—Firmemos—dijo el joven barón con gran asombro de la asamblea.

TERCERA PARTE

Un adulterio retrospectivo

A la semana siguiente, después de la misa de boda, que, según costumbre de algunas familias del arrabal Saint-Germain, se celebró á las siete en Santo Tomás de Aquino, Calixto y Sabina subieron á un bonito coche de viaje en medio de los abrazos, de las felicitaciones y de las lágrimas de veinte personas agrupadas bajo el cobertizo del palacio de Grandlieu. Las felicitaciones provenían de los cuatro testigos y de los hombres, y las lágrimas se veían en los ojos de la duquesa de Grandlieu y de su hija Clotilde, que temblaban agitadas por el mismo pensamiento.

—¡Hela ya lanzada á la vida! ¡Pobre Sabina! Ya está á merced de un hombre que no se ha casado completamente á su gusto.

El matrimonio no se compone solamente de placeres tan fugitivos en este estado como en cualquier otro, sino que implica conveniencias de humores, simpatías físicas y concordancia de caracteres, que constituyen un eterno problema en esa necesidad social. Las muchachas casaderas, lo mismo que las madres, conocen perfectamente los peligros de esa lotería, y por eso las mujeres lloran cuando asisten á una boda, mientras que los hombres se sonríen; y es que los hombres creen no aventurar nada, en tanto que las mujeres saben, poco más ó menos, lo que arriesgan.

En otro coche que precedía al de los recién casados iba la baronesa de Guenic, á la cual fué á decirle la duquesa:

— Aunque no haya tenido usted más que un hijo, es madre, y espero que me reemplazará al lado de mi querida Sabina.